

PENÍNSULA ODISEAS

Nunca la nada fue tanto

Javier Nart



Nunca la nada fue tanto

Javier Nart

ediciones península

© Javier Nart, 2003, 2016

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com);

91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición, con el título *¡Sálvese quien pueda!*: mayo de 2003
Primera edición revisada y ampliada: junio de 2016

© de las imágenes de los pliegos y los mapas, Javier Nart

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2016
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Àtona Víctor Igual - fotocomposición
Romanyà Valls - impresión
Depósito legal: B-9.773-2016
ISBN: 978-84-9942-515-3

ÍNDICE

Prólogo de Luis Monreal	15
1. Con el Frente Sandinista, la primera en la frente, herido en combate	19
2. Nunca la nada fue tanto. O viceversa	42
3. <i>Interviú, Penthouse</i> y guarrerías varias en la parroquia de la Madre de Dios de la Medalla Milagrosa	49
4. En el conflicto de Chipre, pero en el lugar equivocado	60
5. De Nicaragua a Beirut y de Beirut a Nicaragua, o cómo la OLP intentó ayudar al frente sandinista. Pero los re- volucionarios proponen y la CIA dispone	71
6. La guerra del Líbano 1975-1982, así fue...	92
7. La guerra del Líbano... o así la vi	107
8. Rhodesia-Zimbabwe o cuando la tribu es definitiva- mente más importante que Carlos Marx. Capítulo zambiano, el ZAPU	133
9. Rhodesia-Zimbabwe. Capítulo mozambiqueño, el FRE- LIMO, la RENAMO y el ZANU	153

10. Yemen, «la felicidad es un arma aún caliente» (cantaba John Lennon)	169
11. Acto primero. La guerra de Chad. Con Libia contra Francia	181
12. Acto segundo. La guerra de Chad. Todavía con Libia contra Francia, pero ya no tanto	203
13. Del golfo de Ghaddafi al golfo de Guinea	220
14. «Liberando» Guinea capturo el búnker de Macías	245
15. Acto tercero, el nudo. La guerra de Chad contra Chad	266
16. Acto cuarto, el desenlace. La guerra de Chad contra Chad. Y todos contra Libia	287
17. ETA contra el «Comandante Zeta», ayer «Cero», Edén Pastora	319
18. De la imposible guerrilla palestina a la Intifada	343
19. Israel o el fascismo democrático	359
20. De la casa de putas de Bangkok a los hijos de puta de Camboya. Con los jemereros rojos	370
21. Sudán. Conociendo y sobreviviendo en el Darfur	397
22. Niños de la guerra, niños en la guerra	418
23. Historias socialistas. De la inaccesible paz en Palestina a la liberación de Nelson Mandela. Moros y cristianos. Libios, etarras, «nicas», iraníes, africanos, americanos, asiáticos... Y políticos en la higuera. Y al final ¡¡parlamentario europeo!! ¡¡¿Quién lo diría?!!	434

ÍNDICE

24. «Desatascando» un avión y tripulación españoles en Chad: el Arco de Zoé o el laberinto de Creta... y también otro en India	455
25. Contra el Estado Islámico en Irak. Concluyo como empecé: bajo el fuego de mortero	465
26. «Adiós a las armas»	475
Quién es quién	480
Índice onomástico	499

CON EL FRENTE SANDINISTA, LA PRIMERA EN LA FRENTE, HERIDO EN COMBATE

Nicaragua nunca fue un país libre. Ni siquiera tras su independencia en 1838, pues siempre estuvo en manos de su oligarquía local, subordinada a Estados Unidos. Desde 1934 una dinastía cleptocrática y asesina, los Somoza, imperó con mano de hierro sobre el país. Robaron todo lo que no pudieron matar y mataron todo lo que no pudieron robar. En 1979 un reunificado Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) con la ayuda de la socialdemocracia internacional y el asentimiento pasivo norteamericano lanzó la que sería su ofensiva militar decisiva. Era el pueblo en armas, todo el pueblo en armas contra el somocismo. Y en ese lugar y situación me encontraba yo en aquel mes de julio de 1979.

«BAUTISMO» DE FUEGO. Y «CONFIRMACIÓN» SOMOCISTA

—Agacha la cabeza, hermano, que vuela plomo —me grita Halcón, agazapado tras unos árboles.

Halcón es un guerrillero de órdenes serenas y seguras, autoritario en su mando, de precoz experiencia en la lucha a pesar de su extrema juventud. Meses antes era oficinista, camionero, dependiente..., hoy dirige a los voluntarios sandinistas hacia el último y definitivo combate. Expresión literal del lema del Movimiento: «Patria libre o morir».

Desde mi derecha y mi izquierda la Guardia Nacional somocista bombardea sin tregua nuestra posición. En el crepúsculo los obuses trazadores, líneas rojas luminosas, resultan irónicamente hermosos



MAYO-JULIO 1979

NICARAGUA

rasgando la oscuridad. Tras ellos, inmediatamente, llegan los proyectiles calibre 50 disparados desde el buque artillado *Managua* de la línea marítima Mamemic, que, como todo en este país, también pertenece a *Tachito* Somoza, defensor de la civilización cristiana, baluarte contra el comunismo internacional y último vástago de un linaje de bandidos-presidentes perfectamente definidos por su creador, el todopoderoso imperio yanqui: «Cierto que son unos hijos de puta, pero son nuestros hijos de puta». Roosevelt *dixit*.

Caía la noche. He llegado, agotado del viaje, en el ya remoto mes de junio de 1979, a una base del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en el sur de Nicaragua. Cerca, muy cerca ya, se hallan las líneas del frente de batalla: Los Mozones, El Naranjo, El Ostional.

Me conducen hacia un cobertizo cercano. Allí pasaré la noche.

El lugar es una cuadra de doce metros de largo por unos ocho de ancho. A los lados, la paja mezclada con los excrementos de los animales que fueron sus huéspedes hasta no hace tantos días. En el centro, un abrevadero rectangular recorre el espacio de punta a punta. Pero el hedor resulta secundario ante el temor.

No cabe un alfiler, decenas de sandinistas se amontonan en busca de calor y refugio contra la lluvia. Boñigas, sudor y humedad. Apesta.

Y el miedo viscoso tras cada cañonazo. Esos segundos interminables hasta constatar que el obus erró su blanco: nosotros.

Es una concentración suicida, ya que en caso de que nos acierte el *Managua* haría un «pleno al quince» de guerrilleros y comandantes. Pero acá la guerra es cosa de genio (testosterona) más que de ingenio. Y quien esto les escribe aún no había aprendido que el dicho de «adonde fueres haz lo que vieres» no debe seguirse a rajatabla. Menos aún cuando el enemigo dispara sin prisas pero sin pausas.

Un tipo largo, flaco y huesudo, que se me presenta como comandante Marvin (su nombre auténtico era José Valdivia), me hace un hueco a su lado.

—Mañana hablaremos, hermano.

Sobre la paja encuentro un fusil de asalto que aparto y coloco junto a la cabeza de quien supongo su dueño. Éste se gira bruscamente y lo toma con la mano. Medio dormido me dice:

—Duerme con la cabeza junto al bordillo de cemento. Es más seguro. Si esto se pone más feo, sal de la casa y tírate a la zanja que tienes al lado. Bienvenido a Nicaragua.

A la mañana siguiente descubriré que se trataba de Edén Pastora, el mítico Comandante Cero, el héroe más conocido de la revolución-epopeya sandinista, ahora máximo responsable del Frente Sur «Benjamín Zeledón».

Todos duermen —¿duermen?— vestidos. El fusil de asalto FAL belga, o MI 6 norteamericano, listo y montado a un lado.

Sobre nosotros, ya tan monótonamente que no hacemos excesivo caso, las balas silban, y la metralla revienta.

Es solamente una noche más en el Frente Sur. Aquí, desde hace siete días, combatientes sandinistas luchan ferozmente contra los batallones de élite de la Guardia Nacional somocista, la brutal EEBI (Escuela de Entrenamiento Básico de Infantería).

Rompe el sol de madrugada. Como unas galletas empapadas de humedad, el plato nacional «gallo pinto» o potaje de arroz con alubias cocinado hace días y que no cae del plato ni dándole la vuelta, mientras apuro un algo remotamente parecido al café. Nuestro desayuno/comida/cena, porque en la guerra se come cuando se puede no cuando se quiere, ignorándose cuándo será la próxima ocasión... o si existirá esa ocasión.

Un grupo de sandinistas se acerca. Llevan en camilla a un compañero cuyas vísceras, reventadas, han quedado a la vista tras un impacto de mortero. El muchacho gime en un claro estertor de agonía. Llora en silencio su muerte, que sabe próxima, inevitable.

Muchos acuden a saludarle, a darle ánimos, a despedirse. Demasiados y demasiado juntos, formamos un objetivo ideal para un bombardeo somocista.

—Ojo pelado, chochos, o nos suenan. ¡¡Dispérsense!! —ordena Antolín, único jefe con algún sentido común entre tanto candidato al suicidio involuntario.

Premonitoria advertencia: inmediatamente, a nuestra espalda suena un taponazo lejano. El oído, ya experto, hace funcionar el reflejo de la supervivencia.

—¡¡Corran, hijos de puta!! ¡¡Mortero!! ¡¡Desparrámense!!
—brama ya Antolín, mientras se aleja agachado a toda la velocidad que le permiten sus ligeras piernas y la pesada carga de sus armas.

Sé que tengo diez segundos antes de que pueda oír el silbido del obús e, inmediatamente, la tierra reventará por la explosión.

Diez segundos, quizá quince, para correr, para arrojarme al suelo, para esperar.

¡¡¡Braummm!!!

Ya ha caído. No muy cerca. A unos treinta metros a mi izquierda.

Los somocistas habían ocupado una colina en los lindes costarricenses desde la que dominaban toda la planicie abierta hasta el océano. Una altura estratégica que los sandinistas desguarnecieron ante la duda de que fuera territorio «tico» (costarricense) o «nica» (nicaragüense). Sutilezas que a los profesionales soldados somocistas les traía al paio. Bajaron con helicóptero dos escuadras de morteros y otro par de pelotones de ametralladoras de calibre medio, y con sólo veinte hombres estrangularon desde la retaguardia todos los suministros sandinistas al frente. Nos tenían cogidos por donde más dolía.

Por los huevos (estratégicos).

Eran gentes bien entrenadas por mercenarios israelíes o norteamericanos de la «Escuela de las Américas» (escuela de asesinos y liberticidas iberoamericanos al servicio de la democracia... imperial USA). Eficaces esbirros de Somoza capaces de «colgar» tres granadas en el aire antes de que reventara la primera. Después me dirían que eran los soldados de la EEBI, al mando del temible tan como odiado «Comandante Bravo», a quien meses después de la victoria un comando sandinista le daría «matarile» en Honduras. Pero eso fue otra historia.

El terreno es pelado, ni un árbol, ni una ondulación. Descubier-to, perfecto campo de tiro para los observadores que la Guardia Nacional había desplegado en tan excelente otero.

Suena el tac-tac-tac de una ametralladora. Sobre mi cabeza, inmediatas, silban las balas: «Una Browning punto cincuenta —pienso— no de tiro tan rápido como una MG-42 pero más que suficiente para pasaportarme a mejor vida, que siempre es la peor.»

Me encuentro desamparado. Busco frenéticamente un abrigo. No puedo permanecer donde estoy. Impacta una granada, y otra. Ésta ya tan próxima que la onda expansiva me aturde.

Tengo que salir. Tengo que correr.

Me levanto en zigzag hacia un camino cercano. Oigo otra vez el ladrido encadenado de la ametralladora. Me tiro a tierra. Aplastándome contra el suelo. Los proyectiles taladran el pasto junto a mí. Los oigo penetrando entre la hierba.

Y el fuego de mortero continúa sin interrupción.

Jadeo. Jadeo de cansancio. Y quizá, más aún, jadeo de miedo. De saberme a merced de alguien que, allá, apunta la Browning y dispara, dispara y dispara.

Y hundo mi cuerpo en el campo mojado. En el barro. Recorriendo con la vista a dónde hacer el siguiente salto.

No puedo. Sé que la ametralladora me derribaría si lo intentara.

«He de salir de aquí. He de salir», me repito.

Y pienso rápidamente. E inútilmente.

Comienzo a arrastrarme, reptando. Metro a metro entre una granizada de balas y una lluvia de morterazos.

Explosión tras explosión.

«¿Cuándo seré alcanzado?», me pregunto al descubrirme vivo después de cada impacto.

Allá, a mi espalda, oigo gritos. Alguien ha recibido su ración de metralla.

Unos combatientes, cerca de mí, comienzan a correr, agazapados. Tiran. Tiran contra ellos.

Sigo arrastrándome. Tratando de alejarme de los obuses, de las balas. Del infierno en el que estoy atrapado.

Quienes quieren acabar con mi vida son soldados profesionales. Buenos profesionales. Me han fijado sobre el terreno con ráfagas cortas de ametralladora mientras encadenan como cuentas del rosario los obuses de mortero. Siento en mi vientre como las balas trepidan junto a mí penetrando la tierra. Palpo en mi cuerpo la onda expansiva de las granadas de mortero. Entreveo a través de mis ojos cerrados el fogonazo rojinegro de las explosiones.

Disparo mi cámara fotográfica, mi vieja Nikon F2. Contemplan-

do las imágenes a través del visor es como si la realidad del peligro inmediato se alejara de mí.

La única alternativa es dominar el impulso, el terror, y no salir corriendo. Las balas o la metralla me segarían como eficaz guadaña.

Todos los «compas» han corrido con la velocidad que provoca el miedo. El único que ha quedado acá soy yo.

Aprieto aún más mi cuerpo contra la tierra. Intento ocultarme, hundirme en ella. Me sé perdido. Inerme.

Los proyectiles pasan sobre mí, caen delante, detrás, a un lado y a otro.

Estoy seguro de morir.

«He acabado», pienso.

Una explosión más cercana. Otra.

Y otra más que siento más que oigo. Vuelo alzado en el aire. La onda expansiva me sacude. Simultáneamente, un fuerte golpe, un mordisco rotundo y ardiente en mi cabeza.

«Me dieron», reconozco sorprendiéndome de mi propia naturaleza, frialdad.

Se me nubla la vista. Ahora oigo distantes los impactos, el sonido de las balas que aunque me siguen buscando no me encuentran, para mi suerte. Mi mundo ya es lejano al entorno. Me siento fuera de mí, de todo. «Veo» negro.

Pero estoy extrañamente tranquilo. Inconscientemente consciente de mi herida, que creo grave, mortal. No me importa nada. Los ruidos de la guerra se transforman en ecos interminables. Percibo la realidad como a través de una morosa cámara lenta. Todo me afecta y todo, contradictoriamente, me es ajeno.

Y me llega el inevitable pensamiento de que si me ha impactado la metralla en el cráneo y no me duele nada, eso debe de ser que ya estoy muerto.

Pasa el tiempo. ¿Cuánto? No lo sé. El suficiente para que, en tan absurdo como lógico razonamiento, establezca la situación: «No puede ser que estés muerto porque no ocurre nada y aún no te has encontrado con san Pedro —me digo—. Organízate y sal de ésta como puedas».

Palpo mi cabeza. Percibo carne abierta en la parte posterior. Sangro abundantemente. Aprieto el hueso. Está entero.

«He tenido suerte. Es una herida superficial», pienso.

Me arrastro como un borracho, semiinconsciente. Ya no me persigue el fuego de la ametralladora ni del mortero. O así lo creo. Veo borroso. Entre nieblas.

Me alejo metro a metro de este lugar. Con sólo un objetivo: sobrevivir.

Sobre mí, oigo bramar los motores de un avión. Distingo, a media altura, un bimotor.

«Puede ser un C-47 o un Aviocar —me digo—. Y ambos van equipados con ametralladoras.»

En lo alto, suena como un rasguido de tela. Están disparando. Ocho mil proyectiles por minuto de la ametralladora ultrarrápida Gatling, el llamado «Dragón Mágico».

E inmediatamente, un espantoso, continuado sonido. La granizada de proyectiles como botellas reventando contra el suelo saturando el área.

Y sigo arrastrándome.

Cada vez que el avión regresa en su parábola me creo morir. Esperando la ráfaga que, inevitablemente, llegará. Que me llegará.

En la certeza de que esta pesadilla no acabará nunca.

Me incorporo. A trompicones recorro unos metros. Oigo otra vez la ametralladora. Caigo a tierra. Me arrastro. Huyo. Entre barro y charcos. Es un recorrido trabajoso atrapado en el fango. Entro en una zona pantanosa donde oigo chapoteos a mi derecha y a mi izquierda. Atravieso un riachuelo. El agua por la cintura me hace caminar a trompicones, trabajosamente.

Cegado por la conmoción, entreveo más que distingo bultos, colores.

Llego a la otra orilla. Deseo acabar ya. Morir y descansar. No puedo más. Estoy extenuado. Sigo sangrando.

Y continúo avanzando metro a metro. Bajo el fuego continuo del avión que no sé si me dispara a mí o a mis compañeros. Ya no me importa. Quiero, simplemente, huir.

Y entonces siento unos brazos que me cogen.

—¿Cómo te sientes, hermano? —oigo.

Me llevan en volandas.

Pero no acaba el calvario. Insistente como torturador tábano, el avión gira sobre nuestras cabezas disparando tanto sobre los guerrilleros como sobre los posibles refugios en los que puedan esconderse: matorrales, chozas. Conmocionado como estoy, quiero creer que han perdido nuestras trazas y que disparan al tuntún. Buscando más el evitar nuestro movimiento que el acabar con nosotros. Curiosa naturaleza la nuestra que coloca nuestra capacidad de supervivencia o nuestra esperanza en un «piloto automático» que discurre con suficiente eficacia cuando nuestras constantes se hallan bajo mínimos.

El trepidar de la ametralladora de alta velocidad prosigue monótonamente ahora cerca, ahora lejos. Solícitamente un guerrillero sandinista de rasgos indígenas me limpia la herida, taponando el chorro de sangre. Me tranquiliza cubriéndome con su cuerpo, protección inútil porque de alcanzarnos una bala calibre 0.50 nos mataría a ambos. Dos pájaros de un tiro.

El avión se aleja ahora ya definitivamente. Y el maduro combatiente me toma con afecto en sus brazos:

—Tranquilo, hermano, todo ha pasado. Te evacuamos ya para el hospital gringo.

Me acerca a un todoterreno que acaba de traer municiones para el Frente y que vuelve de vacío hacia la ciudad costarricense de Liberia, base logística del FSLN. Y me da la mano con firmeza mientras me mira a los ojos:

—Gracias por haber venido. Vuelve pronto —me dice a modo de saludo/despedita.

Llevo su imagen aún en la retina. Y también su recuerdo. No volvería a verle. Murió en combate el día siguiente.

Se llamaba Pastrana. Había sido sargento de la odiada y temida Guardia Nacional somocista hasta el momento en que su estómago y su conciencia le impidieron seguir en la represión, en la masacre de su propio pueblo. Y desertó pasándose al bando de los débiles, a los «subversivos», a los que no tenían otra esperanza que su fe en la victoria.

A mis «compas» sandinistas.

Pastrana, el sargento Pastrana, era de esa madera de hombres que no se ubican bajo el sol que más calienta sino en el lugar en el

que les dicta su conciencia. Vencedores en la ética, perdedores en los beneficios.

Esas gentes que muchas veces, demasiadas, mueren antes de tocar con los dedos sus ideales materializados. La victoria, la libertad.

O que viven para comprobar cómo son prostituidos por sus líderes.

Como ocurriría en Nicaragua, donde de la familia Somoza pasarían a la «revolucionaria» Ortega.

CON EL FRENTE ATRAVIESO LA FRONTERA NICARAGÜENSE

Y ayer, solamente ayer, me encontraba cómodamente instalado en una butaca de un bar de moda de San José de Costa Rica. La cerveza en una mano y el petate con lo más indispensable (dos mudas, medicamentos y el equipo fotográfico) a mi lado.

El FSLN me había citado en aquel lugar desde donde saldría directamente a las zonas de lucha. Desde San José, a través del idílico y feraz paisaje costarricense, subí por la estrecha carretera hasta la localidad de Liberia, capital de la provincia de Guanacaste, frontera con el territorio nicaragüense.

En una pequeña casa con jardín me esperaba Fernando, el hermano del conocido poeta nicaragüense Ernesto Cardenal. Fernando Cardenal era el encargado de la logística del FSLN y militante del Frente como él.

Fernando era quien concentraba a los voluntarios que se dirigían a la lucha, quien organizaba el envío de todo tipo de suministros de humana boca y de boca de cañón para los guerrilleros sandinistas.

Y allí, como sardinas en lata, nos concentramos un grupo de veinte muchachos, algunos casi niños, entre los que yo en mis treinta y dos años destacaba como el más viejo.

Fernando era un volcán de actividad febril y eficaz. Experto a la fuerza en municiones, armas y explosivos. Fernando, como su hermano Ernesto, también era sacerdote. Como Camilo Torres o Gaspar García Laviana, alias Buda, nacido en el mismo pueblo de mi padre, el asturiano San Martín del Rey Aurelio. Peculiares años y peculiares lugares aquellos que producían una continuada cosecha de curas guerrilleros. Militantes, activistas de ese limpio y compro-

metido camino que en la localidad mexicana de Puebla se definió como la «teología de la liberación».

Aunque algunos, algunos muchos, confundieran la liberación con la veneración papanatas al marxismo-leninismo castrismo. Genuflexión intelectual a otras formas de opresión, consecuencia de creer que el enemigo (castrista, soviético) del propio enemigo (el imperialismo yanqui) era el mejor amigo. Que Fidel Castro persiguiera con saña a la propia Iglesia católica en Cuba les parecía a estos religiosos cuestión menor, quizá porque los perseguidos eran otros. Para ampliación del tema léase *Fidel y la religión* del bobalicón y abducido cura brasileño Alberto Libânio, *Frei Betto*, donde, en doscientas páginas de infumables conversaciones con el dictador, nos lo presenta como el decimotercer apóstol, Judas incluido. Obra que puede resumirse en sus últimas líneas:

Estoy convencido de que sus ideas y su experiencia [la de Fidel Castro] van a ser para los lectores cristianos una fuerza en su vida cristiana. Me inunda una fraternal admiración por Fidel y una silenciosa oración de alabanza al Padre.

Y los católicos cubanos por entonces seguían sin enterarse de lo bien que vivían con Fidel. Se lo tuvo que contar el memo del fraile brasileño.

Fidel aún está retorciéndose de risa.

Fernando, hombre de fe por religión, era además persona de esperanza por ideales políticos. Esperanza en que los mil ojos de la CIA no detectaran lo que sabían perfectamente: quién era el cabrón del cura, a qué se dedicaba y cuál era el objetivo de tantísimo «feligrés» que por su casa pasaba.

Seguro que pensaban que, por ser rojo, el sacerdote sería ateo. Si no, no se explicaba qué hacía metido en eso de la revolución en lugar de cantar castos y aburridos salmos, como Dios manda.

Al anochecer pasamos de uno en uno, a intervalos regulares, a los todoterrenos que nos esperaban en la puerta para trasladarnos al frente de combate.

—No salgan todos juntos, no se me junten porque despertarán sospechas —ordenó/aconsejó Fernando.

Saliendo de Liberia por un camino de tierra serpenteante, bajamos hacia la costa para, a través de una trocha paralela al mar, desembocar en una pradera de hierba rala y apretada. El océano Pacífico a la izquierda y las suaves colinas del territorio nicaragüense y costarricense que nos dominaban desde la derecha.

ASÍ CONOCÍ Y AYUDÉ A LOS REBELDES «NICAS»

Todo había empezado hacía más de un año, en diciembre de 1977, cuando con ocasión del Congreso Internacional de la Liga por los Derechos y Liberación de los Pueblos (nombre no faltaba) celebrado en Barcelona tuve ocasión de conocer a un peculiar personaje, mitad cura mitad guerrillero, que se llamaba y sigue llamándose Ernesto Cardenal.

Aquel Ernesto Cardenal se paseaba por Barcelona disfrazado de Che Guevara, con guerrera militar y boina negra de la que no se apeaba a pesar de que la inclemente solana mediterránea cayera sobre su testa achicharrándole los sesos. Estética revolucionaria ante todo.

Poco conocía yo por aquel entonces de Nicaragua y su tragedia, más allá de que era un pueblo sometido a una represión institucional y familiar, entonces por el tercero de la dinastía, aquel genocida de su propio pueblo que se llamó Anastasio Somoza. Nicaragua no era área de mi competencia, que se circunscribía a África y Medio Oriente como responsable de Política Exterior en la Comisión de Relaciones Internacionales del Partido Socialista Obrero Español. Partido que con el tiempo, en imparable *striptease* político, dejaría lo de obrero, aguaría lo de socialista y en Cataluña no sabría responder siquiera si era español.

De aquella Comisión y de ese partido conservo algunos amigos y el recuerdo de gentes decentes como Enrique Ballester, Emilio Menéndez del Valle o Carmen Rodríguez y tantos otros que sirvieron sin servirse, cosa harto difícil en aquel patio de Monipodio, reino del pelotazo y el medro que terminó por asquearme. Yo provenía

del Partido Socialista Popular de Enrique Tierno, donde fui su Secretario General en Cataluña (tampoco era para «echar cohetes», éramos doce y el cabo) y responsable de Relaciones Internacionales (en busca y captura de viáticos y auxilios económicos) guardando aún ese lastre inútil que se llama la conciencia ética. Un hazmerreír en el imperio de la praxis.

El Frente Sandinista era por entonces uno de los fundamentales objetivos de la política exterior del PSOE. Felipe González, en perfecto análisis (aunque en deficiente praxis), había establecido la necesidad de una modificación radical de la estructura de poder anacrónico, oligárquico e injusto que sufría Centroamérica.

—Existe una situación insurreccional justificada en la región que exige una respuesta práctica de la izquierda democrática. Si no lo hacemos nosotros, otra revolución radical influenciada por el castriismo será la única alternativa y, en consecuencia, aparecerá una nueva confrontación con Estados Unidos, creándose otro foco de tensión este/oeste ahora en América Central —nos dijo Felipe.

Y así surgió un eje de solidaridad activa y efectiva con el FSLN en el que el Partido Socialista Obrero Español actuaba de bisagra entre el apoyo político y económico de la socialdemocracia europea (sueca, francesa, italiana, alemana, austríaca e inglesa) y los aliados iberoamericanos. Aliados variopintos de práctica democrática más que dudosa en algunos: así, el hipercorrupto Partido Revolucionario Institucional mexicano, coñonamente conocido como «el ogro filantrópico»; la Acción Democrática venezolana (poca acción y ninguna democracia) del hiper-corrupto régimen presidido por Carlos Andrés Pérez, o el Partido Democrático Revolucionario de Panamá, del golpista-populista general Torrijos. El único demócrata verdadero era el presidente costarricense Pep Figueres, curioso tipo que tenía como lengua materna el catalán, que no el castellano; idioma maldito para el franquismo y en el que Pep no dejó de expresarse en una visita memorable que realizó a Barcelona a principios de los setenta para cabreo de gerifaltes del régimen y satisfactorio cachondeo de los periodistas hispanos que cubrían el evento.

Y en medio de todo ello andaba el peculiar FSLN, *ménage à trois* de sus tres tendencias frontalmente enfrentadas, la maoísta denominada «Guerra Popular Prolongada», la «Proletaria» (en un país sin

proletariado) ortodoxamente leninista, y la aparentemente socialdemócrata o «Tercerista» liderada por los hermanos Humberto y Daniel Ortega Saavedra, quienes constituirán (y aún siguen) la nueva oligarquía nicaragüense.

La unidad entre los tres sectores no fue consecuencia de un elaborado y «científico» proceso ideológico sino la imposición lógica y necesaria de ese brillante y despótico animal político que se llama Fidel Castro. Tras la espectacular captura el 22 de agosto de 1978 del Palacio Nacional (el «parlamento» somocista) por Edén Pastora y su exitosa negociación y liberación de más de un centenar de sandinistas, el sátrapa cubano convocó a principios de 1979 en La Habana a los nueve líderes del FSLN (tres por tendencia) que hasta entonces operaba a modo de Santísima Trinidad (tres líneas fraternalmente enemistadas y un solo Frente verdadero).

—Déjense de pendejadas. O salen de aquí unidos o los socialdemócratas de Edén Pastora van a terminar por controlar la situación antes de lo que se imaginan —les advirtió Fidel.

Y así se produjo la unidad del FSLN, una compleja dirección nacional con los Nueve Comandantes a modo de interparitario e interhostil «Consejo de Administración» y, en definitiva, de ahí también nació el proyecto insurreccional que tendría lugar en junio de 1979 y en el que me encontraba con más pena (y miedo) que gloria.

No hay nada que una más en política que el temor a perder la silla. Más aún si resulta comodísimo sofá en tierras donde la banqueta ya es un lujo.

Y, unificado por la praxis que no por la tesis, el FSLN se puso a la tarea de buscar ayudas políticas y auxilios financieros y militares para desatornillar de la silla del poder al culo más corrupto y criminal de América: el de Anastasio Somoza Debayle.

Vicisitudes que dan para escribir no sólo un libro, sino una serie completa, y donde se vería que en eso de la solidaridad, como en el sexo, hay excesiva práctica oral. Esto es, más palabras que hechos.

Y así acaeció una anécdota bufa, grotesca, determinante del grado de incompetencia olímpica que reinaba en los dominios de la

Libia de Gadafi, aquel país bautizado con el hiperbarroco nombre de «Estado de Masas de la República Libia Árabe Popular y Socialista».

Ernesto Cardenal se había puesto en contacto conmigo meses después de nuestro primer encuentro solicitándome cooperación para entrar en relación con el mundo árabe al objeto de conseguir la urgente ayuda para la insurrección que estaban preparando:

—Javier, el Frente necesita urgente solidaridad de tus hermanos árabes. Facílítame el acceso a quien creas que con más rapidez puede dárnosla —me dijo.

Le propuse Argelia o Libia y tras llamar a los responsables correspondientes les anuncié la llegada de Cardenal en busca de dólares y armas. También redacté unas líneas que le entregué para los responsables locales en su llegada a Trípoli o Argel y que, brevemente, decía algo así: «Te presento al compañero Cardenal que te expondrá la necesidad de recibir toda la ayuda que puedas prestar en el proyecto insurreccional nicaragüense, que nosotros desde España también apoyamos», y firmaba.

Ernesto partió hacia Trípoli y perdí su pista y su recuerdo. Al cabo de muchas semanas me llamó por teléfono desesperado, indicándome que se volvía para Nicaragua con las manos vacías porque no entendía el tratamiento que le habían dado.

—Javier, me recibieron magníficamente, me han alojado en un hotel de lujo. ¡Y se han olvidado de mí! Les he llamado, llamado y llamado hasta que, sin respuesta por su parte, me he tenido que ir. Era absurdo, todo era absurdo. Aunque conocían la urgencia desesperada del caso no hacían más que darme largas —me comentó.

Le prometí aclarar la situación en cuanto tuviera ocasión de ello y también le aseguré que acudiría a Nicaragua cuando el FSLN me convocara, en el momento en que se produjera la sublevación, el día de la lucha definitiva contra el tirano. Y acordamos que por cuestiones de seguridad él me daría el aviso una semana antes mediante una clave aparentemente inocua que, en caso de ser interceptada, no fuera reveladora de ningún plan militar.

Tiempo más tarde, en una visita a Libia, me entrevisté con Ahmed Sahati, responsable de Relaciones Exteriores, un abotargado negro del Fezzan de expresión inexpresiva y en estado de permanen-

te somnolencia, quien cuando le pregunté por lo ocurrido me respondió con el más absoluto de los candores:

—Javier, nosotros pensábamos que quien venía era un cardenal de la Iglesia católica solicitando armas y dinero para una guerra en América. Todo nos pareció muy extraño y muy sospechoso. ¿Cómo íbamos a darle dinero y armas?

No se inmutó cuando le saqué de su inconcebible error:

—Era el compañero Cardenal, no un cardenal compañero.

—No hay problema. Que vuelvan cuando quieran para seguir las conversaciones —me contestó aquel inane mental.

No fui capaz de hacerle comprender que resultaba excesivo pretender que el FSLN marcara la hora de la insurrección en atención a las apetencias o inapetencias libias.

Aquellos libios no tenían prisa y eran, se lo creían, el ombligo del mundo. Creencia de la que despertaron a patadas en el culo años más tarde cuando la pobrísima guerrilla chadiana los expulsó ignominiosamente del norte de su invadido país en una desigual batalla entre sus Toyotas y los tanques pesados rusos de Gadafi. Por una vez ganaron los débiles. Pero eso, también eso, es otra historia.

ME CONVOCAN A LA LUCHA

Meses después, a primeros de junio de 1979, sonó el teléfono en mi casa a las dos o tres de la madrugada. A semejantes horas a través del auricular un incalificable cabronazo me decía:

—Javier, muchas felicidades.

Que te despierten a las dos de la mañana para felicitarte no sabes si las Pascuas, tu cumpleaños o haber cumplido con la parienta, es algo que uno desde luego no agradece. Pero, frenado por las normas de urbanidad, en lugar de mandar a que le ensancharan los horizontes anales, pregunté:

—¿Quién me llama? ¿De qué felicidades me está usted hablando?

El tipo erre que erre, primero cortés y luego ya cabreado, no hacía otra cosa que repetir:

—Felicidades, Javier, muchas felicidades.

A punto estaba de mandarlo definitivamente al carajo cuando se me iluminó la memoria, refrescado por el acento sudamericano de mi interlocutor.

La insurrección en Nicaragua empezaría en siete días. «Muchas felicidades» era la clave que había acordado con Ernesto Cardenal, y que desde luego a las dos de aquella mañana tenía perfectamente olvidada.

Convencí a Darío Giménez de Cisneros, subdirector por entonces del semanario *Interviú*, para que me acreditara como su corresponsal en Centroamérica. Me despedí de mi esposa Isabel, que admitía mis riesgos con el mismo amoroso escepticismo que sigue haciéndolo hoy en día. Preparé mis bártulos y, tan leve de equipaje como grave de ideales, me embarqué, clase turista, en el avión hacia San José de Costa Rica.

Quien esto escribe había nacido y crecido en una familia respetable de la burguesía. Su padre era notario en Bilbao y vivíamos en el municipio de más acrisolada prosapia social, el «negurítico» Guecho (ahora el PNV le llama Getxo). Alumno del Opus Dei en el colegio de élite Gaztelueta, creía que los obreros eran por naturaleza rojos, ateos y antiespañoles. Desperté, o me despertaron, en Barcelona, adonde me trasladé a estudiar Derecho tanto huyendo de la Universidad de Deusto (tras el Opus, una rancia ración de jesuitas me pareció excesiva), como por la mención que había escuchado cuando tenía quince años sobre la institución barcelonesa: «El único bar con Facultad de España».

Desde la castísima y ultrapacata sociedad bilbaína donde follar no era pecado sino milagro, aquello me sonó a la reedición de Sodoma y Gomorra. Después, como todo, la cosa no sería para tanto.

Pero, para qué negarlo, algo o «algunos» sí que fue. Y mejor es lo escaso que la nada. Y quien no se consuela es porque no quiere.

En Barcelona me espabilaron en un abrir y cerrar de ojos. Fui desvirgado de cuerpo placenteramente y, con menos satisfacción pero con más pecado, de espíritu: en dos meses me afilié al rojo-masónico-separatista y clandestino Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona (SDEUB), donde fui elegido miembro del Consejo de Facultad.

Por entonces, estudiantes y obreros eran los dos «ejes del mal»

para el caudillo Franco y su ministro de la Gobernación (esto es, de la represión) D. Camilo (*Camulo*) Alonso Vega, que, como su apodo determinaba, en eso de repartir palos pensaba que siempre era mejor quedarse largo que corto.

Al tercer mes, el 3 de diciembre, día de mi santo, el régimen me «obsequió» con un expediente disciplinario máximo (expulsión de la universidad española) por subversivo, y la simpar Brigada Político-Social con algunas incómodas invitaciones a visitarles en sus oficinas-mazmorras de la calle Mieres, «reino» durante muchos, demasiados años, de torturadores y liberticidas bajo el mando de los hermanos Creix, uno de los cuales (ironías de la historia) había sido salvajemente torturado durante la guerra civil en las checas comunistas. No había cambiado la tortura sino los torturadores.

Pero en la represión el franquismo también establecía categorías y yo era fina carne descarriada de la alta clase social y no un hijoputa obrero comunista. Así que hubo más ruido que nueces.

Y de aquellos polvos (más políticos que eróticos) venían estos lodos.

CON EDÉN PASTORA EN EL FRENTE SUR

El batallón sandinista con el que entonces me encontraba en el sur nicaragüense se llamaba «Gaspar García Laviana», en memoria del sacerdote guerrillero español muerto meses antes en esta misma zona, en un asalto frustrado a Rivas.

Y, en el «Gaspar García Laviana», se concentraban voluntarios de todos los países de América. Una repetición del fenómeno de solidaridad que provocó la creación de las Brigadas Internacionales de nuestra guerra civil: trabajadores, estudiantes. Cubanos, venezolanos, costarricenses, panameños. Como en el batallón vecino, el «Victoriano Lorenzo», mandado por el exviceministro de Panamá Hugo Spadafora.

Edén Pastora, Hugo Spadafora, eran, fueron, dos personajes de leyenda. Uno aún vivo, el otro ya muerto.

Edén es uno de esos tipos únicos que uno encuentra en su vida. De una sencilla y simple honradez que le llevó a actuar contra viento

y marea. Con voluntad es más fuerte que las circunstancias. De niño fue testigo de la muerte de su padre a manos de la Guardia Nacional somocista. Ya muchacho formó la primera guerrilla en las selvas del norte de Nicaragua, el Frente Revolucionario Sandino, en nombre del héroe nacional Augusto César Sandino. Fracasada la intentona huyó a Costa Rica, donde vivió pescando tiburones en la barra del Colorado, en la desembocadura del río San Juan, hogar de los más feroces escualos que existen: los tiburones toros, con los que yo bucearía años más tarde. Edén los pescaba artesanalmente desde una exigua *panga* (barca alargada carente de quilla) con la que se jugaba la vida persiguiéndolos hasta más allá de la costa. Y allí estaba cuando la dirección tercerista le encomendó la revitalización del Frente Sur, la imposible toma de las ciudades de Ribas y Cárdenas y, por fin, que organizara un golpe de mano espectacular y definitivo contra la dictadura somocista. Ese fue el asalto al Palacio Nacional. Edén, con dos docenas de voluntarios, tomó el seudo Parlamento nicaragüense capturando de un solo manotazo a toda la oligarquía somocista, a los que cambió por un centenar de compañeros secuestrados, torturados en las cárceles del tirano. La fotografía de Edén fusil en alto, traje de campaña, despidiéndose del pueblo nicaragüense en el aeropuerto de Managua mientras subía al avión que le llevaría a Panamá junto con los presos liberados, dio la vuelta al mundo.

Su hipoteca, a la postre definitiva, es que el paquete testicular le pesaba más que el cerebro. Algún acontecimiento más que repugnante me obligó a romper con él años después.

Cuando me encontré con él bajo el fuego somocista, era el comandante en jefe de los combatientes nicaragüenses, de los voluntarios extranjeros como Hugo Spadafora, en el frente meridional de aquella su Nicaragua, que ya era también mi Nicaragua.

Y Hugo Spadafora también era todo un personaje. Hijo de una de las familias más acreditadas de Panamá, oligarquía pura y dura, rompió con su mundo y se ofreció en 1970 como voluntario a la guerrilla del Partido Africano de la Independencia de Guinea y Cabo Verde (PAIGC), que, liderada por Amílcar Cabral, luchaba contra el colonialismo portugués. Precisamente contra las tropas del general Hugo Spinola que con el tiempo sería el primer presidente del Portugal democrático tras la Revolución de los Claveles

que daría fin a la dictadura portuguesa y a su imperio colonial, ¡¡quién lo diría!!

Hugo combatió en primera línea en las insufribles, insalubres selvas de Guinea Bissau. Tras la victoria, en lugar de recoger las mieles del éxito, se despidió, entendiéndolo su objetivo cumplido. Y ya en Panamá intentó derrocar al nuevo dictador, el golpista general Torrijos, que mediante el método muy hispanoamericano del pronunciamiento había ocupado el poder. Militó en la guerrilla MURVAN, que le duró a Torrijos lo que un helado a la puerta de un colegio. Spadafora cayó preso y en la cárcel lo visitó el propio general, intrigado por aquel cachorro de la aristocracia panameña que en lugar de follar y beber, que es lo que hacían todos, se dedicaba a esa tarea incómoda y poco retribuida que se llamaba «hacer la revolución».

La entrevista en la cárcel fue de antología. Hugo se enfrentó con Torrijos acusándole de golpista y oligarca. Y Torrijos tras escucharle pacientemente le realizó una proposición sorprendente:

—Muy interesante lo que decís respecto al desarrollo sanitario en Panamá para las clases sociales explotadas. Pero además de hablarlo vas a hacerlo. Te nombro responsable de salud en el Dairen.

Tras unos meses en esa provincia, la zona más deprimida y abandonada del país, su bien hacer lo elevó al Ministerio de Sanidad.

¡¡Y Hugo pasó de subversivo a viceministro en el Gobierno de Torrijos!!

A los pocos meses conoció a Edén Pastora, que había volado a Panamá con los sandinistas liberados tras su hazaña en el Palacio Nacional. Y de aquella relación surgió una buena amistad, amenos coitos con mozas panameñas y el batallón de voluntarios panameños «Victoriano Lorenzo», donde también combatiría como vicecomandante Jorge Aparicio, ¡¡exministro panameño de Asuntos Exteriores!!

Para liderar el «Victoriano Lorenzo», Hugo Spadafora dimitió de su cargo de viceministro, cambiando el coche de lujo y el despacho climatizado por el fusil de asalto, el uniforme verde olivo y el riesgo de la muerte.

Una muerte que le llegaría bestialmente pocos años después.

Frente al «Gaspar García Laviana», al «Victoriano Lorenzo», Somoza lanzó sus mejores unidades: los soldados de la EEBI (Escuela de Entrenamiento Básico de Infantería), el «Batallón Somoza», los grupos antiguerrilla del BECAT, encuadrados por mercenarios e instructores de todo el mundo, desechos de otras guerras: sudcoreanos, sudvietnamitas, cubanos exiliados, veteranos de Vietnam... e israelíes.

Israel, una vez más, hacía en Nicaragua el trabajo sucio de Estados Unidos.

Israelíes eran los fusiles ametralladores Galil con los que la Guardia Nacional ametrallaba al pueblo nicaragüense. Israelíes eran los carros blindados. Israelíes los equipos de combate. Israelíes los aviones Arava equipados con ametralladoras electrónicas desde las que se escupían granizadas de fuego sobre Masaya, Chinandega, Estelí, Monimbó... De Israel venían también los lanzacohetes, las armas de todo tipo.

De ese Israel gobernado entonces por el Partido Laborista. Pintoresca situación, la Internacional Socialista de Felipe González, Willy Brandt, Bruno Kreisky y Olof Palme ayudando al FSLN, mientras los «socialistas» israelíes armaban y entrenaban a Somoza.

Coherencia ante todo.

La ofensiva sandinista, la «ofensiva final», se inició mediante el ataque desde el sur por parte del ejército revolucionario. Su objetivo no era tanto iniciar el avance hacia Managua como fijar las tropas somocistas en la zona meridional, obligándolas a desguarnecer otras áreas.

Después, como una explosión en cadena, la insurrección reventó en todo el país: el Frente Norte, «Carlos Fonseca Amador», atacó Puerto Cabezas, Waspan. En el Frente Oriental, «Roberto Huembes», los guerrilleros asaltaron las guarniciones de la Guardia Nacional somocista. Y el Frente Occidental, «Rigoberto López», el Frente Central, «Camilo Ortega», el Frente de Oriente, «Ulises Tapia», el Frente Sur Oriental, «Camilo José Chamorro», pusieron a toda Nicaragua en el camino de lo que se creía sería la libertad, la paz. Los Nueve Comandantes sandinistas aún se presentaban como demócratas.

Rivas, Monimbó, Masaya, Chinandega, Jinotepe, León, Estelí,

volvieron a ser cabecera en todos los diarios del mundo. Y volvió la represión somocista. Una represión indiscriminada.

Una represión inútil. Porque Somoza no calibró que aquello era ante todo una guerra social. Y que cualquier victoria carente de proyecto es una derrota.

Pensamiento excesivo para ese déspota primario que terminaría sus días volando por los aires, reventado por una granada anticarro, en su dorado exilio paraguayo.

Nadie lo lamentaría.

HERIDO EN NICARAGUA, SANADO EN BEIRUT

Y, en conclusión, mi peripecia sanitaria resultó variopinta y geográficamente dispersa. «El hospital gringo» era el centro al que acudían todos los heridos sandinistas y donde eran atendidos por personal sanitario de diferentes países, pero con una presencia hegemónica de médicos y enfermeras norteamericanos, miembros de organizaciones humanitarias y de solidaridad con el pueblo nicaragüense. O así se presentaban.

Me tendieron en una camilla y el doctor me recortó el pelo para determinar el lugar de impacto de la esquirla de mortero.

—No sé si ha tenido usted buena o mala suerte. Si hubiera tenido la cabeza un centímetro más abajo no le hubiera tocado, y si la hubiera tenido un centímetro más arriba estaría usted muerto.

La metralla me había cortado el cuero cabelludo raspando el cráneo y produciéndome una leve conmoción cerebral.

Pero, como en los rotos de los pantalones, más que de cirugía era cuestión de cerrar y coser. Me dieron unos puntos, me inyectaron lo que les pareció oportuno, no estaba yo para preguntarlo, y me dieron conversación. Una conversación dijéramos peculiar:

—¿Cómo te encuentras? No te preocupes que no ha sido nada, ahora te va a doler un poco —era la parte razonable.

Porque había otra también muy razonable aunque perfectamente ilógica al menester humanitario, solidario:

—¿Cuántos compañeros erais?, ¿hirieron a muchos?, ¿qué armas teníais?, ¿tenéis suficiente munición?, ¿cómo estáis de moral?

El tipo arrojaba un tufillo más que definido, definitivo, de desinteresado/interesado en cuestiones de información militar perfectamente solapadas, integradas o camufladas con su benéfica excusa de cirujano.

El largo, larguísimo, tentacular y omnipresente brazo de la CIA tenía presencia también en el hospital de Liberia. Porque ya se sabe que la CIA, como Dios, está en todas partes.

En definitiva, que me hirieron en Nicaragua, me curaron en Costa Rica y me dio el alta en el Hospital de Gaza de Beirut el doctor Fathi Arafat, hermano de Yasser Arafat, líder de la OLP.

Años más tarde, desde este mismo hospital, los soldados israelíes contemplarían la eficaz masacre, el genocidio que sus aliados falangistas realizaban en los vecinos campos de refugiados de Sabra y Chatila. El general que los mandaba con el tiempo fue elegido primer ministro del muy democrático Estado de Israel. Un hombre al que el presidente norteamericano George Bush definió como «hombre de paz»: el general Ariel Sharon.

Pero qué hacía yo en Beirut a los pocos días de haber sido herido en Nicaragua es cuestión que merece más amplia explicación. Otro capítulo.

Se me olvidaba, el lugar en el que me hirieron, única herida de guerra que he sufrido en mi vida, tenía un nombre premonitorio: el Ostional.

Y, lo que son las cosas, a pesar de tal nombre sigo sin creer en la predestinación.